

Pedro José de Clorivière

LOS DEBERES DE LA SUPERIORA

Original escrito en inglés entre 1770 y 1775

A la Abadesa de las Benedictinas inglesas en Bruselas, M. Ethelred Manock.

Señora,

Ofrezco a V.R. esta obrita sobre los deberes de su cargo, que me ha solicitado con sentimientos de humildad y ardiente deseo de perfección. Es un consuelo para mí trazar aquí unos deberes que Ud. cumple con todo cuidado, evitando la mayor parte de los defectos que señalaré. Esto debe excitar cada vez más su fervor y agradecimiento a Dios que ha derramado sobre Ud. tantas gracias y dones preciosos.

Sin embargo, como queda siempre mucho que hacer por nuestra perfección, mucho que rectificar en nuestra conducta mientras somos todavía peregrinos en esta vida, fácilmente notará lo que le falta. A este respecto tengo algunos motivos para temer que, a la vista de las sublimes perfecciones descritas en estas páginas, de los numerosos defectos indicados como muy perjudiciales para los Superiores, su humildad la haga creer que le faltan todas esas perfecciones, que está sujeta a todos esos defectos. Le advierto, pues, que esté en guardia contra este exceso que, sobrepasando los límites de la perfección, puede degenerar en vicio. Reconozca agradecida los dones de Dios... Y si todavía no ha alcanzado toda la perfección que hace una Superiora completa, no se sorprenda por ello, no se desanime en absoluto. Esta perfección está trazada tomando a Jesucristo como modelo. ¿Quién podría, pues, extrañarse de hallarse muy lejos de ella en muchos puntos ?

Se propone el modelo más perfecto, no porque pueda Ud. reproducirlo en toda su belleza, sino con el fin de que, teniéndolo ante los ojos continuamente, se esfuerce cada día por grabar en sí misma algún rasgo, y que así se acerque cada vez más a su divina semejanza. Tenga cuidado de evitar el apresuramiento que la llevaría a querer ser perfecta de repente y libre sin esfuerzo de todos los defectos e imperfecciones. Desea la perfección, pero deséela con paz y en la medida en que Dios quiera concedérsela. Aprenda también a soportar con paciencia los defectos que quizá descubrirá al leer lo que sigue.

Conviene hacer la lectura de la siguiente manera : después de leer la primera vez como para tener una visión de conjunto, vuelva sobre cada parte, no dejando ningún punto sin haber tomado alguna resolución relativa a él. Si hace esto con constancia espero de la gracia divina que encuentre en estas páginas alguna ayuda para llenar aún más perfectamente su importante cargo. Esta es la preciosa bendición que ruego humildemente a Nuestro Señor conceda a este pequeño trabajo, emprendido únicamente para Su gloria y para el bien de sus esposas. Amén.

* * *

CAPITULO I

Verdadero concepto de la superioridad y sentimientos que esta noción debe inspirar.

Para cumplir, como Ud. desea, todos sus deberes, con el fin de glorificar a Dios todo lo posible y de trabajar útilmente en su perfección y en la de las almas confiadas a su cuidado, lo primero que hace falta es conocer bien la extensión de sus obligaciones, y para ello concebir una idea verdadera, una justa noción de su cargo. Uso esta palabra con preferencia a la de dignidad, porque aunque esta última conviene perfectamente al más grande y más honroso empleo que las personas de su sexo pueden tener en relación con el gobierno religioso, sin embargo la primera es más propia para recordarle los deberes en que desea ser instruida. El mundo y la naturaleza corrompida consideran sobre todo la dignidad, la preeminencia, incluso en la superioridad religiosa. Y no es raro que este modo de enfocarla fomente o acreciente el orgullo y el amor propio en las personas que deberían por el contrario, a causa de este cargo, ser más humildes y estar más muertas a sí mismas. Lejos de nosotros unas ideas tan falsas y perniciosas. Las que nos propone la fe y nos expresan nuestras Reglas son muy diferentes. Ofrecen a la mente, es verdad, la idea de una dignidad, y de una dignidad muy grande, pero que no tiene nada de la grandeza mundana y no proporciona ningún agarradero al orgullo, porque éste no encuentra en ella nada que le pertenezca. Es una dignidad muy santa y que obliga a una gran santidad a toda persona que esté revestida de ella. “La Superiora - dice la Regla de San Benito ya desde el principio, cap. II - debe tener siempre presente en su memoria el cargo que está llamada a desempeñar”. Y un poco más adelante, explicando en qué consiste este cargo, la Regla añade : “La Superiora lleva, representa en el monasterio la persona de Jesucristo.”

PRIMERA CONSIDERACION. La Superiora representa a Jesucristo.

Esta es una verdad evidente, puesto que la Superiora recibe su autoridad de Jesucristo, solamente en su nombre manda, y a El obedecen sus inferiores en su persona. A Jesucristo se dirige todo el respeto que se le tiene y todas deben conformar su voluntad y su juicio al de la Superiora y abrirle su alma con confianza por su condición de intérprete de Jesucristo. No podría exigir nada de todo esto si lo exigiera sólo en nombre propio y no llevase en ella la persona de Jesucristo.

Por tanto, para tener una idea justa y completa de su cargo y de las obligaciones inseparables de él debe Ud. considerar lo que es representar a Jesucristo y representarlo dignamente.

No es sólo ser superior como Cristo lo fue : es ser superior de manera semejante a como lo fue El. Con la debida proporción, es hacer por los miembros de su comunidad, como cabeza de ella, lo que hizo Jesucristo durante su vida mortal por los hombres, como cabeza del género humano.

Jesucristo tuvo siempre por nosotros la solicitud de un padre, la ternura de una madre, los cuidados de un maestro, la vigilancia de un pastor, la bondad de un amigo, el afecto de un hermano, el amor de un esposo. Sus sentimientos son aún más que todo esto : nos mira y nos ama como a sus propios miembros, como algo de sí mismo. Parece haber olvidado sus propios intereses para pensar sólo en los de los hombres sus hermanos ; se hizo servidor de todos, se expuso a toda clase de desprecios, sufrió toda clase de tormentos, dolores y aflicciones, con el fin de comprarnos a ese precio la dicha y la gloria. No hubo nada tan duro que no lo quisiera soportar de buena gana para darnos ejemplo ; ni un momento de su vida que no empleara para instruirnos, para hacer bien a todos. En fin, “tomó sobre sí nuestras enfermedades” para librarnos de ellas. Para ser un Superior semejante a Jesucristo, para representar su persona dignamente, es preciso, pues, imitarlo todo lo posible en todas estas cosas, que son las únicas señales por las que El quiso hacerse reconocer como nuestro Superior.

Las que piensan en la superioridad como en una carga fácil de llevar, las que creen que es para ellas un modo de descansar, que las coloca por encima de la Regla y les da libertad para permitirse lo que desean, para seguir su gusto y su propia voluntad, éstas, se lo aseguro, se equivocan grandemente si creen que con todo eso son dignas representantes de Nuestro Señor. Lo representan, es verdad, en cuanto a la dignidad de superiora, y por ese título tienen derecho al mismo respeto por parte de sus inferiores ; pero están infinitamente lejos de representar a Jesucristo en cuanto a la manera de gobernar, y no se puede decir que lo llevan en ellas, como es preciso para procurar verdaderamente el bien de sus hijas y el suyo propio.

Para cumplir las obligaciones comprendidas en este gran deber de representar a Jesucristo, una Superiora debe hacerse toda para todas, tener presente siempre las necesidades de las que le están confiadas, no ahorrarse penas ni fatigas para procurar su bien espiritual, que debe importarle tanto como el propio. Así, con estas miras, debe sacrificar descanso, alegrías, incluso consuelos espirituales ; debe dar todos los momentos de su vida y su vida misma si es necesario. Es preciso que instruya a las ignorantes, anime a las afligidas, soporte a las imperfectas, fortalezca a las débiles, ayude a las tentadas, que tome la carga de todas y, imitando a Jesucristo, que se haga la última y sirva a todas. Por encima de todo debe esforzarse por ser tan eminente en virtudes y, como se dice en los estatutos (San Benito, parte III, VII) “sobrepasar de tal manera a todas las demás en caridad, fe, castidad, prudencia y humildad, que pueda decir con San Pablo : “Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (I Cor.4,16), o con el mismo Cristo : “Os he dado ejemplo para que como Yo he hecho hagáis también vosotros” (Jn.13,15). Así fueron Santa Gertrudis,, Santa Ethelred y tantas otras santas abadesas que, en todas las épocas, fueron adorno de la Orden de San Benito, y por su manera de gobernar según el modelo del divino Maestro santificaron con ellas a las que siguieron sus ejemplos. Así debe ser Ud. misma, y confío que lo será con la ayuda de la gracia. Todo depende de ella y de su voluntad. Empresa generosamente, siga constantemente ese noble empeño, pues la misericordia del Señor no ha disminuido, y sus obligaciones no difieren de las de aquéllas, puesto que ocupa el mismo lugar.

SEGUNDA CONSIDERACION. Condición de las personas por encima de las cuales está la Superiora.

El divino Esposo le ha confiado el cuidado de sus amadas esposas. Ese es el pueblo santo que ha sido llamada a gobernar, a edificar con su ejemplo, y del que tiene que responder

ante El. Es un nuevo motivo que da más fuerza a sus obligaciones y se le propone en la Regla citada.

¡Qué respeto, qué solicitud debe tener por unas almas tan amadas de Jesucristo, almas que lo han abandonado todo generosamente por El, y que El mismo ha elegido y predestinado especialmente para ser vasos de elección en los que quiere derramar las riquezas de su gracia, y que son la porción más querida de su rebaño ! Ciertamente es un gran honor tener que conducir a unas almas tan distinguidas por la elección divina, y Cristo, al llamarla para ello, le da a Ud. una magnífica prueba de su amor. Pero recuerde que cuanto más grande es el honor, más grande es también la carga ; cuanto más amor le demuestre Jesús, más amor y fidelidad le pedirá. La pérdida de una de esas almas que le ha confiado conmovería más sensiblemente su corazón que la pérdida de cien que no ha favorecido así, y le hieren más vivamente las infidelidades de esa alma que los crímenes de varias personas. Si el cuidado de una sola alma es una cosa tan grande, vea qué compromiso asumió el día en que consintió tomar en sus manos el gobierno de la comunidad. ¿A qué vigilancia, a qué mortificación, a qué santidad más que ordinaria se comprometió Ud. entonces?

TERCERA CONSIDERACION. Fin para el cual la Superiora está por encima de las demás.

Esta tercera consideración no es menos apremiante que las otras dos, pues el fin para el que ha sido elegida no es solamente apartar de su comunidad las ocasiones de escándalo y las faltas graves ; no es contentarse con una cierta mediocridad en la virtud, sin buscar un grado más alto, guardar una regularidad externa que frecuentemente no excluye grandes defectos interiores. Pero (como claramente lo expresan los estatutos), Ud. ha sido colocada en ese lugar “para hacer avanzar a sus hijas, y conducir las a la completa observancia de sus santas Reglas y Constituciones, y a la cumbre de la perfección, no menos por el ejemplo de su vida y su conducta que por la dignidad y la autoridad de su cargo”. No es una perfección mediocre la que Jesucristo pide a sus esposas, no hay ninguna sobre la cual no derrame una gran abundancia de gracias y que, bien cultivada, no pueda dar frutos de sólida y gran piedad. Todas dieron un paso decisivo y generoso cuando renunciaron a todo por amor a Jesucristo ; sin embargo, todavía les queda mucho por hacer. Aquella fue una primera disposición necesaria para hacerlas capaces de recibir mayores dones ; en el estado religioso deben crecer sin cesar en belleza y perfección para agradar al divino Rey, al cual están consagradas. El estado religioso es como aquella parte del palacio de Asuero donde habitaban las jóvenes vírgenes que aspiraban a ser reinas, y donde todo estaba dispuesto para hacerlas bellísimas, de manera que “durante seis meses se ungió con aceite de mirra, y durante otros seis usaban perfumes y aromas”. (Ester, 11,12).

El estado religioso es también el vestíbulo del cielo donde se pulen las piedras preciosas y escogidas que deben ser su más bello adorno ; y el deber de usted es hermosear y embellecer las celestes esposas, pulir continuamente esas piedras de inestimable valor. Debe Ud. ser modelo de las que deben sobrepasar en virtud a las demás, hacer resplandecientes de pureza a las que ya son puras y presentarlas sin mancha ni arruga al común Esposo. ¿Qué santidad no se precisa para esto ? Si no está Ud. verdaderamente adelantada en la perfección, o si no tiende a ella con todas sus fuerzas, ¿cómo podrá guiar a las almas llamadas a tan alto grado ? O, si procura hacerlo, ¿no tendrá que temer la sentencia de Nuestro Señor, “Si un ciego guía a otro ciego los dos caerán en la fosa” ? (Mt.15,14). ¿Cómo podrá comunicar a otros lo que le falta ? ¿Cómo hablar de mortificación, si busca Ud. su comodidad ? ¿De vida interior y recogida, si está llena de disipación y no sabe guardar ni los sentidos ni la lengua ? Eso sería atraer sobre Ud. el reproche

que Dios hace al pecador en el Salmo (y que se cita en la Regla de San Benito) : “¿Por qué hablas de mi justicia y tu boca anuncia mi alianza ?” (Sal. 40, 16).

Ya he dicho bastante para darle una justa idea de los deberes de la superioridad. Esta noción completa resulta evidentemente de las tres consideraciones precedentes sobre la persona que la Superiora representa, la dignidad de las que gobierna, el fin para el cual está encargada de gobernarlas.

Dedique tiempo a reflexionar sobre estas cosas, y considere las obligaciones que de ellas se desprenden. ¿Qué efecto le produce esta perspectiva? Es imposible que despierte sentimientos de vana complacencia. No tengo ningún miedo de que tales pensamientos puedan asaltarla. Ahora ve la grandeza del cargo y su peso debe hacerla insensible a la satisfacción de ocuparlo. Ya no se asombrará de la gran repugnancia que muchos santos han tenido a cualquier clase de superioridad ; Ud. tendrá los mismos sentimientos y verá claramente que es más seguro obedecer que mandar. Comprenderá que algunos Superiores pueden perderse a causa de sus negligencias y faltas en el cumplimiento de deberes tan difíciles, y estará a punto de exclamar con la amargura en el alma : “Si tal es el peso de la superioridad, ¿quién puede salvarse llevándolo ?”

Sus temores son justos, siempre que se mantengan en sus límites. El que no teme la superioridad sabe muy poco lo que es ; y el que no la siente como una carga debe decirse que está lejos de cumplir sus deberes. Es ciertamente una gran carga, y tal, que el más prudente y el más fuerte de los hombres se doblaría bajo su peso, si quedase abandonado a sus fuerzas, a su prudencia solamente. Sin embargo, aunque haya motivo para temer, no hay que desesperar, y le repetiré a este respecto las palabras de Nuestro Señor : “Es verdad, es imposible para los hombres pero no para Dios, porque todo es posible a Dios”. Tema, pues, porque es débil, pero tenga confianza porque Dios es fuerte : que su confianza sobrepase sus temores porque El es más fuerte que Ud. débil. Mientras llena de desconfianza en sí misma se apoye en Dios, sin descuidar por ello nada de lo que pueda hacer, debe estar segura de su ayuda. El se comprometió a ayudarla cuando le plugo llamarla a un oficio tan por encima de sus fuerzas. . “Fiel es el que os ha llamado”, dice San Pablo (Tes.10,24). Y yo añado : que está lleno de amor, que le ha dado una prueba singular de ese amor confiándole lo más querido que tiene : ese mismo amor la ayudará a llevar tan pesada carga. Penetre de lleno en sus amorosos designios sobre Ud. ; sólo aumenta su trabajo para embellecer su corona. La ha colocado en este oficio para que pueda darle mayores pruebas de su celo, trabajar más por su gloria e inspirar a otras almas el fervor en su servicio.

Si le pide mucho es que también quiere darle mucho ; vea en sus manos la gloriosa corona que le prepara. “Cuando aparezca el príncipe de los pastores, dice San Pedro a todos los que cuidan de las almas, recibiréis la corona de gloria que no se marchita jamás.” (1 Pe.5,4).

Esta corona es admirable ; se compone de tantas otras como almas hayan sido ayudadas por su medio y por sus ejemplos en el camino de la perfección.

Que la espera de semejante recompensa aligere sus penas; que el amor y la fidelidad de Dios moderen sus temores ; que una justa proporción de confianza y de temor la mantenga siempre vigilante y reavive sin cesar su fervor. El temor la hará más humilde y más prudente, la excitará a orar siempre según el consejo de Jesucristo. La confianza le dará ánimo y santa osadía para remontar las dificultades, y por ella su oración será eficaz. Impulsada por el temor confesará su miseria y su indignidad ; dirá con Moisés : “¿Quién soy yo para conducir a los hijos de Israel fuera de Egipto ?” (Ex. 2), para guiar a un pueblo elegido por el camino de la virtud ? Y con el

evangelista : “Señor, sálvanos que perecemos”. (Lc.8,24). Animada por la confianza se olvidará de sí misma y se sentirá fuerte en Dios. Como David, no temerá encontrar los más fieros enemigos y dirá con Isaías : “Señor, aquí estoy, envíame a mí”. (Is.6.8). Con San Pablo : “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Heb., 4,13).

El primero y principal efecto que estos sentimientos deben producir en Ud. es una firme resolución de perfeccionarse en todas las virtudes, muy especialmente en las que distinguen a una buena Superiora. Ese será el tema del capítulo siguiente.

CAPITULO II

Sobre las virtudes que distinguen a una buena Superiora.

Una Superiora que debe formar a sus hijas en todas las virtudes, debe esforzarse por ser perfecta en todas ellas. Sin embargo, hay algunas más necesarias a las personas encargadas del cuidado de las almas, para que puedan llenar sus obligaciones bajo la mirada de Dios, para que hagan su gobierno a la vez amable y provechoso para sus inferiores, y, en fin, para que eviten los peligros que las rodean.

De esas virtudes voy a hablarle especialmente. Y como Ud. debe formarse según el modelo de Jesucristo, cuya persona representa, le recordaré las lecciones que El dio de estas virtudes, se las mostraré realizadas en El mismo. Si estudia ese divino modelo y los ejemplos que nos ofrece en cuanto el modo de gobernar las almas, le llamarán especialmente la atención cinco virtudes, que brillan en toda su conducta : caridad, mansedumbre, humildad, celo y prudencia. Si después examina la naturaleza de estas virtudes verá que están en armonía con los fines de un gobierno espiritual.

La caridad une al Superior con Dios, al mismo tiempo que endulza y aligera su carga ; la mansedumbre le ayuda a soportar los defectos de sus inferiores ; la humildad hace su yugo fácil de llevar, incluso amable ; el celo pone su caridad en acción ; la prudencia le enseña a emplear todas las cosas para el bien de sus sujetos y para el suyo propio. Pero cada una de estas virtudes debe considerarse en particular.

LA CARIDAD

Jesús nos hace comprender cómo quiere que la reina de las virtudes posea el corazón de los que deben gobernar las almas cuando, después de la Resurrección, antes de confiar su rebaño a San Pedro, le dirige esta pregunta, esta única pregunta : “Simón, ¿me amas ? ¿me amas más que éstos ?” (Jn.21,15). Pero Jesús nos da esta gran enseñanza aún más con su ejemplo. La caridad se refiere a Dios y al prójimo por Dios. Jesús sólo respiró el amor a su Padre, no tuvo otro deseo que el de abrasar con este amor los corazones de todos los hombres : “He venido a

traer fuego a la tierra ¿y qué quiero, sino que arda ?” (Lc.12, 49) ; buscó únicamente la gloria de su Padre, su alimento era cumplir su voluntad, hizo siempre lo que más agradaba al Padre.

“Yo no busco mi propia gloria”, dice. (Jn.8,50), “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra”. (Jn.4,34). Su amor a los hombres está lleno de ternura y con frecuencia excita en El los más vivos sentimientos de compasión. “Viendo a la multitud, dice el evangelista, tuvo compasión de ellos porque estaban fatigados y decaídos, como ovejas sin pastor.” (Mt.9,36). Este amor compasivo le arranca lágrimas al ver la Jerusalén ingrata, y le hace sentir un amargo dolor por la pérdida del discípulo traidor. Y es también este amor el que, en el Huerto de los Olivos, hace brotar de su cuerpo sagrado sudor de sangre al recordar nuestros pecados.

Esta caridad, este amor de Dios y de las almas, debe estar en una Superiora en un grado excelente, como participación en la caridad de Jesucristo. Esa será su virtud distintiva de donde brotarán todas las demás. Es necesario que su corazón esté enteramente inflamado de amor de Dios, pues a ella le corresponde comunicar ese fuego divino y encenderlo en las demás. Ella es, de alguna manera, mediadora entre Dios y sus hermanas para atraer sus bendiciones sobre ellas y desviar su cólera. En expresión de un gran santo, ella debe, por decirlo así, llevar la comunidad sobre sus hombros. Todo eso requiere que tenga un gran poder cerca de Dios, y ese poder sólo se le concede a una caridad eminente.

Pero si debe tener poder sobre el corazón de Dios para obtener todo lo que necesitan sus inferiores, no debe tener menos sobre las almas que le están confiadas, para obtener de ellas todo lo que Dios les pide, y esto no puede esperarlo si no se distingue por una gran caridad con el prójimo. Una caridad ordinaria no le bastaría ; su amor a sus hijas debe tener un carácter especial, debe ser el de una tierna madre. Es el amor que Jesús expresaba cuando dirigía a la ciudad culpable estas palabras conmovedoras : “Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas” (Mt.23,37). El Salvador, dicen los Santos Padres, pone esta comparación por el amor y solicitud tan señalados que demuestra la gallina a sus hijos : está dispuesta a defenderlos contra todos los enemigos, incluso con peligro de su vida ; teme por ellos al menor peligro, se agobia con tantos cuidados y vigilancia. Una madre se ocupa de su hijo día y noche, no tiene en cuenta sus trabajos y el amor endulza todos sus sufrimientos. Lo que hace en ella la naturaleza debe obrarlo la gracia con más perfección en una Superiora. “Si ama como debe amar lo hará todo, lo sacrificará todo pareciéndole que es nada”. (Cant.8,7). Escuche hasta dónde llega el amor de Jesús : “El buen pastor da la vida por sus ovejas”. (Jn.10,11). El hizo de manera inimitable lo que enseña con estas palabras. Y aún más, no contento con haber derramado toda su sangre en un exceso de amor, se da El mismo como sacramento para ser el alimento de sus ovejas.

Y ahora, si una Superiora está obligada a imitar la caridad de Jesucristo, si debe estar dispuesta a dar su vida por su rebaño, ¿cómo podría negarse a sacrificar bienes menores: su satisfacción particular, sus talentos, su descanso, su salud? No es a ella misma, es a Dios a quien debe amar en sus hijas. La Superiora no debe atraerse el afecto de sus hijas o darles pruebas del suyo para su propio contento, ni para ser estimada como buena Superiora: estas miras egoístas no entran en un corazón bien afirmado en la caridad. Un corazón formado según el modelo de Jesucristo no busca su propia gloria, sino la de Dios; sólo la mueven los intereses de Dios. Por lo tanto, si ese corazón desea ser amado y se gana el de las otras por sinceras pruebas de amistad es para someter y consagrarlo todo a Dios. Una Superiora se ama a sí misma y no a Dios cuando prefiere a las que la adulan, a las que sólo se distinguen por algún talento o por las ventajas de su posición y su fortuna. Tales motivos son desconocidos por la verdadera caridad; ésta ama sin distinción y por móviles superiores comunes a todos; o si hay alguna distinción en sus afectos de

miden únicamente por las cosas que hacen al alma más agradable a Dios. Pero es preciso que incluso en este caso sea muy reservada en cuanto a las demostraciones externas.

La Sta. Virgen ocupaba ciertamente el primer lugar en el corazón de Nuestro Señor, y nadie tenía títulos semejantes a los suyos para su amor; sin embargo, apenas encontramos en el Evangelio un rasgo donde se revele su ternura infinita hacia su Madre, mientras lo vemos acoger con tanta bondad a los publicanos y pecadores que fue llamado amigo de ellos. De la misma manera una Superiora que actúa según el espíritu de Jesucristo demostrará con frecuencia un mayor amor a las que menos lo merecen o a aquellas contra las cuales podría experimentar algún resentimiento por injurias personales.}El cuidado de las almas es el principal objeto de la caridad pero tampoco hay que descuidar el de los cuerpos. La caridad se mueve a compasión por todas las penas y aflicciones del prójimo; y algunas veces las del cuerpo son las más sensibles aunque no sean comparables a las del alma; y ocurre incluso que, como es natural en el hombre cuidar el cuerpo, se conmueve a veces más por los servicios prestados en este sentido que por lo que se hace directamente por el alma; así que para hacer bien a ésta es un medio eficaz ocuparse de aquél.

Jesucristo anima fuertemente a entregarse a las obras de misericordia corporales al no mencionar expresamente ninguna otra cosa en la sentencia que pronunciará en el último día ; y su conducta es una lección dada especialmente a los Superiores.

Antes de hacer oír el sermón de la montaña lo vemos ocupado en curar las enfermedades corporales. En otras circunstancias, sabiendo que al pueblo le faltan cosas necesarias para subsistir, dice a los discípulos: “Me da lástima esta gente, pues hace tres días que me siguen y no tienen nada que comer”. (Mc.8,2). Y dos veces obra el gran milagro de la multiplicación de los panes. Los santos, instruidos por estos ejemplos y por otros muchos, han sentido siempre una gran compasión por los sufrimientos de los demás y han hecho cosas increíbles para aliviarlos; basta leer sus vidas y en cada página encontraremos la prueba de ello. Una Superiora, cuyo amor debe ser el de una madre, nunca irá demasiado lejos en su solicitud por la enfermas. Debe proveer cuidadosamente a todo lo necesario para sus hijas; debe incluso prevenir sus peticiones cuando pudieran tener vergüenza de hacerlas. Sería un gran defecto por su parte tratar los sufrimientos de las demás como males imaginarios, mientras por la menor causa tiene miramientos consigo misma.

LA MANSEDUMBRE

Esta virtud es el primer fruto de la caridad; es absolutamente necesaria para una Superiora. La mansedumbre es tan estimada por Jesús que hizo de ella, con la humildad, su señal distintiva, la virtud de su Corazón. Se adorna solamente con estas dos, como si fueran más particularmente suyas, aunque las poseía todas en un grado supremo.

Y para demostrar que habla sobre todo como Superior y Maestro, y que los que con esta cualidad lo representan deben imitarlo especialmente en estas dos virtudes, invita a todos los hombres a ir a El y escucharlo: “Venid a mí todos los que estáis agobiados... tomad mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. (Mt.11,28-30). Lo que añade a continuación expresa los efectos de la mansedumbre: “Mi yugo es suave y mi carga ligera”.

Nada parece duro, nada pesa cuando se ama a la persona que manda y nos sabemos amados por ella. La mansedumbre se gana el corazón de los inferiores y ésta es la primera ciencia de los que gobiernan, sobre todo en la jerarquía religiosa donde la obediencia debe

proceder del amor. La mansedumbre es más irresistible que la fuerza; subyuga las voluntades y las lleva por donde quiere. Este poder es una de las bendiciones prometidas a los mansos en estas palabras: “Ellos poseerán la tierra” (Mt.5,5). Por la mansedumbre se hace sensible a sus hijas el amor de una Superiora. Ese amor puede ser sincero y ardiente, puede desearles toda clase de bienes, y sin embargo fácilmente se dudará de él y será incapaz de servir las y ayudarlas si no es verdaderamente bondadoso. Si la Superiora pone dureza en sus palabras, si rechaza a las que acuden a ella y no escucha sus quejas, si las menores faltas basan para provocar su descontento, si cuando se ve obligada a corregir no suaviza su severidad con alguna prueba de bondad, se revela demasiado la violencia que sufre en sí misma; se le cierran los corazones de sus inferiores y difícilmente puede esperar ayudarlas de alguna manera..

Evite cuidadosamente estos defectos y no olvide nunca que para Ud. es un deber ganarse el afecto y la confianza de sus inferiores, siempre que esté en su mano, con el fin de que recurran a Ud. con abandono, como a su madre. Esté siempre dispuesta para recibir las y sepa encontrar tiempo para ello, porque es una parte esencial de sus deberes. Hábleles con todo el cariño posible, y que este cariño trasluzca aún más en su mirada y su manera de actuar que en sus palabras. Que todas estén convencidas de que no quiere a ninguna más que a ella y la miren como a su mejor amiga. Sin embargo, no tiene que proponerse conseguir este fin por medio de una indulgencia demasiado grande que conduciría más bien a hacer despreciar la autoridad que a inspirar amos, pues éste sólo es real si se funda en el aprecio.

Sea firme cuando lo exija la Regla; estimule, reprenda, corrija, nada de eso es contrario a la mansedumbre siempre que lo haga sin apasionarse y que se proponga únicamente “hacer progresar el bien espiritual de sus inferiores” (R. de S. Benito, estatutos, III, n°5), como dice la Regla. Ellas fácilmente lo notarán, la estimarán y amarán más por ello. Mezcle siempre con sus reprensiones algo que mitigue su amargura y que demuestre claramente que verdaderamente corrige Ud. por amor. Imite a Jesús que, después de haber reprendido a sus apóstoles por su falta de fe, calmó la agitación de las olas y tendió a Pedro una mano compasiva mientras le reprochaba por haber dudado. Y lo mismo en las amenazas que dirige a algunos obispos de Asia en el Apocalipsis, añada siempre alguna promesa encaminada a animarlos. Reciba con una gran bondad a todas las que reconocen sus faltas y que ninguna pueda creer jamás que Ud. desespera de que se corrija.

No crea fácilmente que alguna de las hermanas está mal dispuesta respecto a Ud.; no tenga en cuenta lo personal y condúzcase de tal modo que la que la haya ofendido no pueda creer que se acuerda de la ofensa, si no es para darle mayores muestras de afecto. Una Superiora debe estar tanto más dispuesta a perdonar cuanto que se reconoce sujeta a equivocarse y a fallar; debe recordar que si es severa con las pequeñas faltas de atención a su persona y las reprende en todas las ocasiones, pronuncia una sentencia contra sí misma, pues se ha dicho: “Según el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y según la medida con que midáis seréis medidos”. (Mt.7,2). El profeta, para expresar la gran mansedumbre de Jesucristo, usa estas palabras citadas por el evangelista: “He aquí a mi siervo a quien he escogido, el objeto de mi amor, en quien se complace mi alma. Haré descansar mi Espíritu sobre él y él anunciará mi justicia a las naciones. No disputará, no gritará, nadie oirá su voz en las plazas públicas. No quebrará la caña doblada, no apagará la mecha humeante, hasta que asegure el triunfo de la justicia” (Is.42,1-4, citado en Mt.12.18-20).

Por aquí se ve qué agradable a Dios es la mansedumbre, cómo atrae sobre nosotros el Espíritu Santo y nos hace aptos para procurar su gloria; también se comprende hasta qué punto es necesario dominar y moderar todo el exterior, y cómo hay que usar de la bondad con los más desesperados culpables. Si se pone a prueba su paciencia piense en el contento que puede dar a Dios y acuérdesse de la bondad de Jesucristo. Vea la que demostró a sus más encarnizados

enemigos; estudie sobre todo la que usó con sus apóstoles, El lleno de sabiduría y santidad, ellos tan ignorantes e imperfectos. ¡Con qué increíble paciencia sufrió sus imperfecciones, sus defectos, su grosería! Le hubiera sido fácil llenarlos desde el principio de toda clase de dones y de santidad, lo mismo que lo hizo más tarde, después de la Ascensión; pero no quiso realizar este cambio durante su vida en particular con el fin de que los Superiores puedan encontrar en El un perfecto modelo de la mansedumbre que deben tener en el ejercicio de su cargo. Que la suya sea tan constante como grande. Y si alguna vez se encontrase frente a una persona que pareciera tener el oficio de exasperarla, ponga la mirada en Jesús traicionado por Judas ; ves cómo lo soportó mucho tiempo, cómo la misma noche en que aquel pérfido consumó su traición su Señor le lavó los pies, lo besó,, y le hizo oír la última llamada de la gracia, dándole el dulce nombre de amigo : “Amigo, ¿por qué has venido ?” (Mt.26, 50).

LA HUMILDAD

“El más grande entre vosotros es vuestro servidor” (Mt.23,11). “Los reyes de las naciones las dominan y los que tienen poder sobre ellas son llamados bienhechores (Lc.22,25)... Pero el que es mayor entre vosotros sea como el menor, y el que manda como el que sirve. Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve”. (Lc.22,27). Con estas palabras, Nuestro Señor marca una diferencia esencial entre los superiores en el orden civil y los superiores en el orden religioso. De estos últimos quiere la más profunda humildad, y con su ejemplo da una gran fuerza a esta obligación. La autoridad civil frecuentemente necesita una cierta pompa exterior para conservar su prestigio y para imponer respeto al pueblo, porque al tener principalmente como causa y como fin los bienes exteriores no puede mantenerse sin su medio. Por el contrario, los Superiores religiosos cuya autoridad se apoya únicamente en Dios y cuyo fin es procurar el bien espiritual de sus inferiores, apenas necesitan otra cosa que medios espirituales para hacerse respetar y obedecer.

Las palabras de Nuestro Señor lo demuestran suficientemente. Prescribe a los Superiores que sean como los servidores y los últimos de todos; ése es pues un medio muy conveniente. Es incluso el más propio para establecer y conservar la autoridad. Este argumento es muy concluyente; los que resultan del ejemplo del divino Maestro no lo son menos. Soberano Señor de todos, tenía derecho al respeto y sumisión no sólo de algunos, sino del mundo entero en todos los tiempos. Sin duda su autoridad tenía que estar establecida firmemente y bien sostenida. ¿Qué hizo para conseguir este fin ? Tomó sobre sí las mayores humillaciones, quiso una madre pobre, nació en un establo, descansó en un pesebre y pasó por todos los grados de la infancia... La mayor parte de su existencia en la tierra transcurrió en la oscuridad y en trabajos serviles pero para hablar aquí sobre todo de su vida pública, lo vemos, incluso en el curso de su predicación y sus milagros, estar entre sus discípulos “como el que sirve”. De donde se puede deducir que no solamente cuando lavó los pies a los apóstoles la víspera de su Pasión ejerció con ellos parecidos actos de humildad. Por lo menos es cierto que no se distinguía de ellos en nada, que tomaba el mismo alimento, iba a pie como ellos, y conversaba familiarmente con ellos, como con iguales y amigos.

No sé qué razones podrían alegar los Superiores para no conformarse con este divino ejemplo, el cual deben considerar que se les da especialmente en la persona de los apóstoles, “Os conjuro, dice San Pedro a los que tienen almas a su cargo, yo, testigo de los sufrimientos de

Cristo y participante de la gloria que será revelada un día, apacentad el rebaño de Dios que os ha sido confiado... no como el que domina en la heredad del Señor, sino haciéndoos de corazón modelo para el rebaño.” (Pe.5,1-3). No son señores, dueños, sino padres y maestros; y sus inferiores son menos súbditos que hijos y discípulos. Deben formarlos en toda clase de virtudes, y ¡qué medio mejor podrían encontrar para ello que practicar ellos mismos la humildad? Una vez más : este medio está consagrado por el ejemplo del mismo Jesús : El lo eligió como el más suave y el más eficaz para convencer de la necesidad de la humildad y hacerla penetrar en los corazones.

Aquí brota espontáneamente una objeción en la mente de Ud., pues los mejores obispos y pastores de la Iglesia se distinguen con alguna señal exterior de grandeza y un cierto aparato, lo que parecerá poco conforme a las lecciones y los ejemplos de Nuestro Señor y un poco extraño, si no fuera ése un medio de mantener su rango. Sin embargo, es fácil conciliar esta conducta con lo que acabamos de decir, si pensamos que los príncipes cristianos juzgaron sabiamente que era un honor para ellos dar brillo a la dignidad eclesiástica y unir a ella un rango elevado en el orden civil, rango en el que, lo hemos visto, es necesario cierta pompa. Pero esto, de hecho, no da más valor a sus enseñanzas e incluso para algunos se convierte, sin razón, en ocasión para desacreditar la moral evangélica o en excusa para no seguirla. Los obispos santos siempre se quejaron de una necesidad que les quitaba parte de la conformidad con Jesucristo, y tuvieron un cuidado constante de desprenderse de ella lo más posible, como de un obstáculo para el bien espiritual. Agradezca a Dios no verse detenida por las mismas dificultades en el ejercicio de su cargo, y no encontrar en él nada que le impida poner la atención en el adelantamiento de sus hermanas y dar campo libre a su humildad.

Sea, pues, humilde interna y externamente.

Sea humilde en sus pensamientos, teniendo una baja opinión de sí misma, de sus talentos, de sus virtudes. Es la base de la verdadera humildad. Y no es muy difícil esto si conoce a Dios y a sí misma ; si devuelve a Dios todo lo que le pertenece, es decir, todos los bienes de cualquier clase que sean, y no conserva más que lo suyo propio, es decir, toda clase de defectos e imperfecciones. Esta humildad le enseñará a no preferirse a nadie. No pensará que la superioridad se debe a sus méritos, ni que cumple su función mejor que otras. Por el contrario, se asombrará de que Dios haya elegido a una persona tan indigna y tan incapaz para este oficio. Y entonces Dios, que resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes, derramará sobre Ud. abundantes bendiciones.

Sea humilde en sus afectos. No desee ser más estimada de lo que es, y puesto que está convencida de su nada, no quiera pasar por ser algo. Sin embargo, esto no le impedirá actuar de modo edificante, o hacer cosas que puedan dar una buena opinión de Ud., porque su deber es mostrar a las demás por el ejemplo el camino por el que deben ir, y porque no buscará su propia gloria sino la de Dios, sin atribuirse ningún bien a sí misma. No tenga siquiera un deseo demasiado vivo de una gran perfección, pues frecuentemente en este deseo se mezcla el orgullo y no es el verdadero medio para adelantar. En el camino de la perfección se sube bajando nada más; es el camino trazado por Jesucristo, del que escribe el Apóstol: “¿Qué quiere decir que subió, sino que antes había descendido?” (Ef.4,9). Ame la humillación y el desprecio, como lo que se le debe. Sin embargo, no haga nada que lo merezca, ni que pueda prever que será ocasión de ello; es lo que recomienda San Pablo a Timoteo: “Que nadie desprecie tu juventud” (I Tim.4,12). Pero si se encuentra con el desprecio, si sus acciones son mal interpretadas, sus palabras tomadas a risa, su prudencia puesta en duda después de un fracaso, si incluso han aparecido sus defectos, alégrese de la abyección que le venga sin dejar de lamentar lo que pueda

ser falta suya; por este medio la misma falta se convertirá en provecho y Dios, lleno de misericordia, detendrá sus malos efectos.

La humildad de corazón y de afectos produce una gran paz y da un gran valor en todas las ocasiones, porque ya no se teme a nada, fuera de desagradar a Dios.

Sea humilde en sus palabras. No se alabe jamás por el bien que haya; basta que lo haya visto Dios. Ud. más bien debe desear que si se pudiera se quedase todo borrado de su memoria y de la de los demás. Digo lo mismo de todo lo que los hombres aprecian.

Que una Superiora no use el mandato más que con reserva y cuando las circunstancias lo exigen. Hay que tener aún más cuidado de evitar las palabras duras que irritan una herida en lugar de curarla. Que su modo de hablar denote el respeto que tiene por sus hermanas. No tema pedir consejo y reconocer sus faltas. La humildad en las palabras contribuye grandemente a procurar y mantener la concordia entre los miembros de una comunidad. Y nada suaviza más el yugo de la obediencia.

Sea humilde en sus acciones. Consienta únicamente el mínimo de atenciones, y no pida a las demás cosas que podría hacerse Ud. misma; no están para servirla, son sus hermanas y esposas del mismo Rey; no desdeñe entregarse a las ocupaciones ordinarias de las demás, y cuando sea posible realice los oficios más bajos de la casa, alegrándose de poder hacerlos de vez en cuando. Hágalo sobre todo con las enfermas, cuidándolas y sirviéndolas a veces por sí misma. Tal fue la práctica de los santos, incluso de los que ocupaban un trono; y puesto que aspiramos al mismo término, sigamos el mismo camino. La humildad en las acciones ayuda más que nada a la edificación en la vida religiosa, y cuando el ejemplo procede de la Superiora se insinúa en todo el grupo y extiende el fervor.

Sea humilde en todo su exterior. Hay ciertas maneras de ser que denotan una persona orgullosa y previenen contra ella; se traiciona ella misma por sus miradas, sus movimientos, su modo de andar; todo lleva un sello de altura que parece expresar el desprecio de los demás y la alta opinión de sí misma. Hay, por el contrario, una apariencia externa propia del alma humilde: todo es modestia y sencillez en ella, fácilmente se ve que hace más caso de los demás que de sí misma. Está igualmente lejos de la rudeza que de una cortesía afectada; ésta se queda en la superficie, mientras la actitud de que hablamos procede de las disposiciones del corazón. Esfuércese por ser así y evitar todo lo que tenga trazas de orgullo. Esta humildad dibujada en el exterior es un poderoso medio de atraer a sus inferiores, abrir y dilatar sus almas.

No tema llevar demasiado lejos la verdadera humildad, ni hacer despreciar su autoridad a causa de ella. Dios prometió exaltar a los humildes; El, que ama a los humildes y dispone como quiere los corazones de los hombres, los inclinará hacia la que por su amor se coloca en el último lugar y se somete a todos. Incluso los que por su propia experiencia saben mejor qué natural es el orgullo en el hombre, estimarán una virtud cuya dificultad conocen. En fin, como es a Dios y no a los hombres a quien obedecen los religiosos, cuanto más sientan que su Superiora es guiada por el Espíritu de Dios y de Jesucristo, que tiene como sello la humildad, más fácilmente se someterán a su autoridad.

EL CELO

Jesús nos enseña en el Evangelio hasta qué punto el celo es virtud esencial para los Superiores y qué cualidades debe tener.

Qué conmovedora pintura hace de un celo lleno de solicitud, cuando se presenta El mismo como el buen pastor que busca sin cansarse la oveja perdida y después la lleva sobre los hombros ; o como aquella mujer que no se concede descanso, sino barre toda su casa hasta que encuentra la dracma perdida.

Da ejemplo de celo fuerte y valiente cuando trezando un látigo de cuerdecillas echa del templo a los que hacían de él una casa de comercio. En este rasgo hay que observar la severidad templada por la mansedumbre, pues nada le hubiera sido más fácil a Jesucristo que hacer caer un rayo sobre los que profanaban la casa de su Padre, en lugar de utilizar simplemente cuerdas. Encontramos el mismo carácter en la manera de reprochar a los fariseos sus vicios y desenmascarar su hipocresía, en la de anunciar a los ricos la cólera de Dios, mientras promete sus bendiciones a los pobres.

Su celo es también afable : vea cómo hasta los niños tienen libre acceso a El. Es universal : todos son invitados a venir a El, ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, son objeto de su solicitud.. Es constante. Jesús no dejó nunca de exhortar, amenazar, prometer, hacer toda clase de bien y usar todos los medios posibles para ganar los corazones para Dios. Es ardiente, según estas fervorosas palabras : “El celo de tu casa me devora”. Es paciente, pues lo llevó a soportar toda clase de injurias sin vengarse nunca de ellas. E incluso reprendió a dos de sus discípulos más queridos que tenían un celo mal entendido por su gloria : “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas”. (Lc.9,55). Siempre tuvo a la vista este fin, y a él encaminó toda su conducta. Sobre todo los apóstoles experimentaron siempre los delicados efectos de su celo. En todo lugar, en toda ocasión, continuamente está ocupado en atraerlos a la virtud y a la perfección con sus ejemplos; y con sus lecciones en prevenirlos contra los vicios, en descubrirles las inclinaciones torcidas vivas aún en sus corazones, en consolarlos en sus aflicciones y fortalecerlos para las luchas del porvenir.

Imitar el celo de Jesucristo es parte esencial de los deberes de una Superiora, puesto que el Señor la hace participante de su acción sobre las almas. Sólo el celo puede darle el vigor necesario para sostener los intereses de Dios y detener los efectos del espíritu de la naturaleza que siempre tiende a debilitar la disciplina.

El celo es parecido “a la levadura que una mujer pone en tres medidas de harina y hace fermentar toda la masa” (Mt.13,33). Sea Ud. esa mujer prudente y sabia; que el celo inflame su corazón, anime todos sus pensamientos, palabras y acciones y se extienda a su alrededor. Entonces será Ud. agradable a los ojos del Señor, como la mujer fuerte de la que se dice en el Libro de los Proverbios: “El corazón de su esposo confía en ella, no le faltarán señales de triunfo” (Prov.31,11ss.). Jesucristo le ha confiado el cuidado de sus esposas y Ud. debe guardárselas de tal manera que sean siempre para El como un glorioso testimonio de la victoria que consiguió sobre el mundo y el demonio. “Ella le devolverá bien y no mal todos los días de su vida”, continúa el libro santo. Esfuércese con sus obras por ser cada día más querida del Esposo celestial: “Ella buscó lana y lino, trabajó con la habilidad de sus manos”. Que la molicie y la negligencia no se deslicen en su vida ; el celo le proporciona bastante quehacer para emplear todos los momentos en bien de las demás y propio. “Ha llegado a ser como la nave de un negociante que trae de lejos el pan”. Una de las ocupaciones de su celo será enriquecer su

espíritu con instrucciones saludables que deberá distribuir después a las demás como un pan de vida. Ese pan debe venir “de lejos”, no de la tierra sino del cielo ; y lo encontrará sobre todo en la oración, en la comunicación con Dios. Es preciso también que lo tenga “en abundancia” como la nave cargada de riquezas. “Y, de noche, se levantó y dio alimento a las personas de su casa y víveres a sus sirvientes”. La noche indica un tiempo de descanso, pero también de oscuridad y de sorpresa. Incluso mientras los demás están seguros, el celo debe mantenerla vigilante, temiendo que la tranquilidad y la sombra den lugar a alguna tentación del enemigo que siempre busca la ocasión para perjudicar. También en los tiempos de calma especialmente debe Ud. distribuir a las almas un pan espiritual y sustancioso. “Consideró un campo y lo compró ; del fruto de sus manos plantó una viña”.

La perfección es un vasto campo que se compra con mucha oración y trabajo; cuanto más considere su belleza más animada se verá a obtenerla para Ud. y para sus hermanas. La casa formada por sus ejemplos y sus trabajos será como una viña fecunda que, diligentemente cultivada, da frutos agradables. “Cifó sus riñones de fortaleza y afirmó su brazo”. Aquí, bajo el lenguaje figurado de la Escritura se nos indica el medio principal para comprar ese campo de que se ha hablado. Ceñir sus riñones de fortaleza es armarse con la práctica de la mortificación que somete y modera las pasiones; y afirmar su brazo es abrazar y ejecutar con celo toda clase de trabajos.

No proseguiré más esta explicación, Ud. misma puede desarrollarla fácilmente. Lo que sigue en el texto sagrado muestra qué recompensa se promete al celo, qué ventajas tiene para Ud. y para sus inferiores: “No temerá el frío de la nieve, porque todos los de su casa tienen vestidos forrados” (Prov.31, 21ss).

Sus instrucciones y su ejemplo, sus oraciones y su vigilancia serán salvaguarda de sus hijas en las circunstancias difíciles o peligrosas; ellas estarán inflamadas por un celo semejante al de Ud. Para Ud. “la fuerza y la belleza” serán la vestidura y sonreirá “en el último día”. Las numerosas obras, los actos heroicos, frutos de su celo, la revestirán de gracia y la adornarán magníficamente; una dulce confianza derramará la alegría en su alma, y el Esposo divino, cuyo honor habrá sostenido y cuya gloria habrá procurado, cuidará a las suyas por sí mismo; hará de esa hora tan terrible para un gran número el comienzo de su felicidad.

Reflexione bien que si alguien en el mundo está obligado a copiar este retrato de la mujer fuerte trazado por el Espíritu Santo, es la Superiora encargada del cuidado de las almas, es Ud. misma. Es verdad que cualquier mujer a la cabeza de una familia puede y debe mirar este modelo como propuesto para que lo imite, pero digo que en esto la obligación de Ud. es mucho más grande que la de ellas. Digo además que no debe dejarse sobrepasar en celo por los que tienen un gran número de almas que gobernar. Su rebaño es pequeño, es verdad, pero es tan precioso a los ojos de Dios, debe caminar hacia una tal perfección, que ningún cuidado sería demasiado grande. Esta responsabilidad es personal y es imposible que se descargue de ella sobre las demás con alguna seguridad para Ud. misma, pues tendrá que responder del bien omitido en la comunidad por causa de su falta de cuidado, y del mal que su celo no haya prevenido como debía. Yo sé que una Superiora amiga de su tranquilidad, cuyo celo es débil, sus ideas de perfección poco elevadas, fácilmente estará contenta siempre, con tal que se guarde la regularidad exterior y que no haya discordias en la casa; no se tomará mucho trabajo para conseguir más. Pero no es así en una Superiora amiga del verdadero celo; sabe que en las mejores tierras rebrotan siempre las malas hierbas que muy pronto lo invadirían todo si no se tuviera cuidado de arrancarlas; así que siempre está en guardia. Si se eleva alguna contestación, si una amistad particular tiende a herir la caridad, si la irregularidad se desliza aquí o allá, si la regla del silencio empieza a olvidarse, los ejercicios religiosos se cumplen con menos respeto, si hay en las relaciones con el mundo comunicaciones inútiles, pérdida de tiempo, una libertad

demasiado grande, antes de que el mal haya echado raíces y se haya fortalecido por el hábito, la Superiora vigilante se apresura a remediarlo por medio de avisos saludables o por una severidad oportuna.

Sus cuidados se extienden al bien particular no menos que al bien general. Si ve a una de sus hijas triste y desanimada, torturada por escrúpulos y ansiedades, o bien empezando a enfriarse de su primer fervor, no reflejando ya en su exterior la misma modestia, su celo maternal se alarma y no puede tardar en contener el mal: la dulzura, las exhortaciones, la autoridad, todo es empleado para curarlo o por lo menos impedir que se extienda.

Vayamos al caso de que el celo es fructífero: cada una cumple su deber y no se notan irregularidades o abusos notables; sin embargo, ¿está satisfecho?... Ciertamente no; su ambición es hacer germinar y crecer en el corazón todas las virtudes necesarias para la perfección, el espíritu de oración, el recogimiento, la mortificación; y la Superiora busca sin cesar enseñar la práctica de estas virtudes por su ejemplo en primer lugar, pero también por sus exhortaciones privadas y generales. Enseña a las que comienzan qué suave es el yugo de Jesucristo cuando se abraza generosamente y sin reserva; a las más adelantadas les inculca el amor a la cruz, las humillaciones y los desprecios. Algunas veces recuerda los motivos de temor, pero más frecuentemente busca dilatar los corazones por los del amor. Da a todos una idea grande de la perfección a la que Dios las convida y les inspira, en cuanto de ella depende, un ardiente deseo de alcanzarla. “No tiene alegría mayor que la de ver a sus hijos caminar en la verdad”. Las mira como su gloria, y si alguna la sobrepasa esto no hace más que aumentar su alegría. Lejos de apagar su fervor, entra en los designios de Dios sobre cada una de ellas. Siempre que pueda conciliarse con la observancia de la Regla y su salud, concede lo que el Espíritu de Dios pide de ellas y lo que su padre espiritual aprueba, sea como oración, sea como mortificación. No desea menos el adelanto de otra que el propio, porque Dios es igualmente glorificado con ello.

Su celo se inflama cada vez más en frecuentes comunicaciones con Dios, y cerca de El sobre todo trata de todas las necesidades de las almas que El ha encargado; le habla sin cesar de todas y de cada una en particular. En esta constante familiaridad recibe luces para su bien, aprende la manera mejor de ejercitar su celo. A veces Dios le inspira algún nuevo medio de despertar el fervor que una cierta rutina tendería a hacer decrecer, y esas santas inspiraciones encuentran en ella fiel correspondencia. Tiene gran cuidado de que se mantengan y florezcan en la comunidad las devociones esenciales que ayudan tanto para la perfección, como la del Sagrado Corazón de Jesús y de la Sta. Virgen, pero sobre todo el uso frecuente y fervoroso de los sacramentos.

En medio de tantos cuidados que reclaman su atención, es fácil ver que un celo verdadero no puede estar nunca ocioso.

LA PRUDENCIA

El celo de una Superiora debe estar siempre acompañado de prudencia, de otro modo podría llegar a ser no sólo infructuoso sino peligroso y perjudicial. Jesucristo nos muestra a la vez qué necesaria es esta virtud para los que gobiernan, y qué rara es sin embargo, cuando dice: “¿Quién creéis que es el administrador fiel y prudente que el amo ha establecido sobre sus servidores para distribuirles su medida de trigo en el momento oportuno?” (Lc.12, 42). Esas mismas palabras expresan lo que distingue al siervo prudente: dar a cada uno de los suyos “su medida”, es decir, lo que es bueno para él, en las proporciones convenientes, y en el momento

propicio. La prudencia considera, pues, la cosa, la persona y el tiempo. También esta lección la encontramos en el ejemplo del Salvador cuando respondió a los que le preguntaban por qué sus discípulos no ayunaban: “Nadie cose una pieza nueva en un vestido viejo, porque se hace un desgarrón mayor. Y nadie pone vino nuevo en odres viejos, porque el vino romperá los odres y el vino se derramará y se perderán los odres. El vino nuevo hay que echarlo en odres nuevos.” (Mc.2, 21-22). Los apóstoles y los discípulos, por ser aún débiles, necesitaban una mayor indulgencia, y exigirles demasiado hubiera sido acarrear su ruina espiritual. Pero renovados por el Espíritu Santo llegarían a ser un día capaces de cosas más difíciles, y entonces sacarán provecho de ellas; por eso Jesús observa siempre con ellos esta regla de prudencia. No les habla de lo que El debe sufrir y de las pruebas que ellos mismos tendrán que soportar, sino después de haberlos tenido mucho tiempo con El y haberlos fortalecido con sus milagros y sus enseñanzas; incluso entonces hay cosas que no les descubre abiertamente: “Tengo todavía muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar.” (Jn.16,12).

Una Superiora prudente debe observar las virtudes, los talentos y las cualidades de cada una con el fin de actuar en consecuencia. Sin este estudio está expuesta a colocar a algunas en oficios muy perjudiciales para su bien espiritual, e incluso para el de la comunidad.

No todas pueden ser tratadas de la misma manera, y con una misma persona será preciso actuar de modo diferente según el momento.

Un aviso prematuro no consigue su objetivo, mientras que dado un poco más tarde hubiera producido el efecto deseado. La severidad es útil con éstas, la dulzura con aquéllas; pero raramente hay que usar de una sin mezclar algo de la otra. La dulzura gana los corazones. La severidad es buena para que las inferiores se acostumbren a sufrir las contrariedades y no a seguir su propia voluntad. La prudencia es la única que puede guiar a la Superiora en la medida de lo que conviene observar. Le enseña a ser dulce y suave sin perjudicar su autoridad, severa sin perder el afecto de sus inferiores; la hace solícita sin ansiedad, vigilante sin cansar a las demás y sin turbar su propia tranquilidad. Le enseña a ocuparse de los asuntos temporales reservando su principal atención para las cosas espirituales. La lleva a no juzgar mal a nadie, pero también a no confiarse demasiado; a descansar en sus subordinadas de los oficios que les corresponden, demostrándoles que no podrán faltar a su deber sin que ella lo sepa. En fin, la inclina a cerrar los ojos ante ciertas faltas, a corregir otras, a aparecer ya más amplia, ya más difícil en el modo de conceder permisos.

Es parte importante de la prudencia saber no sólo lo que hay que decir y cómo, sino también lo que hay que callar. Santiago, después de habernos apartado del deseo de tener cargos, haciéndonos ver que el juicio será más severo, habla inmediatamente después de los males que vienen de la lengua como de aquéllos contra los cuales los Superiores deban estar más en guardia. Dice que “si alguno no peca de palabra es un hombre perfecto” (Sant.3,2). Que “toda naturaleza animal se doma por la naturaleza del hombre, pero la lengua ningún hombre puede domarla. Es un mal inquieto, lleno de veneno mortal.” (Sant. 3,7-8). Y sin embargo, para una Superiora es necesaria la perfección en las palabras; debe ser dueña de esa lengua tan difícil de domar. Una palabra imprudente, una palabra que denota el menor desprecio o falta de aprecio a una inferior, una alusión a alguna confianza recibida, una expresión que indique una preferencia o traicione una prevención, o bien una palabra de vanidad, de impaciencia, de sensualidad, de falta de mortificación, por parte de una Superiora, basta para hacer mucho daño. Esto es bastante para perjudicar su reputación, disminuir o destruir la estima y el afecto de sus inferiores, cerrar su corazón haciéndole perder la confianza, y dejar en su ánimo una impresión que nada podrá borrar completamente y detendrá la eficacia de sus ejemplos y exhortaciones. Todo esto le indica la importancia del consejo de Nuestro Señor, dirigido especialmente a los Superiores en la persona de los apóstoles: “Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas, pero guardaos de los

hombres” (Mt.10,16-17). Quizá la sencillez de una paloma bastaría para una inferior, porque la prudencia de su Superiora suple lo que le falta. Pero es muy distinto para Ud., que debe ser prudente incluso por las demás, y en quien esta virtud no puede suplirse por nada, ni siquiera por las grandes virtudes y cualidades de que por otra parte puede estar adornada. Sin embargo, que la vista de lo que le falta en este punto no la desanime en exceso. Escucha las consoladoras palabras de Santiago: “Que aquel a quien le falta la sabiduría la pida a Dios, que da a todos en abundancia y sin reproche, y le será dada” (Sant.1,5). Esta es la sabiduría que Salomón deseó y obtuvo, pues su petición agradó a Dios, dice la Escritura. No le será menos agradable la de Ud., y estará dispuesto a concedérsela, pues la sabiduría no es menos necesaria para el cuidado de las almas que para el gobierno de un reino.

No insisto aquí más sobre los medios para obtener esta virtud, lo mismo que aquellas de que hemos hablado antes, porque esos medios serán la materia del capítulo siguiente.

CAPITULO III

Medios que debe usar una Superiora para adquirir las virtudes que necesita.

Los medios que le propondré aquí no son distintos a los que sirven para adquirir cualquier virtud, pero hará una aplicación especial a su cargo y a las virtudes que éste exige.

Reduciremos estos medios a cuatro : Consideración, Práctica, Oración, Recogimiento, y hablaremos sucesivamente de cada uno de estos puntos.

I - Consideración. No hay necesidad de demostrar hasta qué punto es esencial este medio para la adquisición de una virtud, porque es bastante evidente que de ahí nace el conocimiento de su excelencia y de su necesidad, como también de los medios particulares a emplear para poseerla.

Le presentaré, pues, únicamente algunas consideraciones generales y particulares capaces de excitar el deseo y ayudar a la búsqueda de esas virtudes de que hemos hablado. El capítulo precedente muestra su importancia suficientemente. Lo que hay que demostrar ahora es que no trabajará Ud. eficazmente en su perfección sino en la medida en que se aplique a practicarlas, porque la perfección de cada una está en relación con el estado al que ha sido llamado, y en primer lugar consiste en llenar los deberes de ese estado y en poseer las virtudes que le son más particulares. Además, como la perfección se hace tanto más necesaria cuanto debe procurar mayores bienes. También cuando falta se siguen consecuencias más graves.

Considere todo lo que depende de su perfección y que fuertemente la obliga esto a la práctica de las virtudes de su cargo. Considere que el buen o mal efecto de su gobierno puede perpetuarse largo tiempo después de Ud. ; que si el deseo de su perfección, el espíritu de fervor, penetra a las que viven a su alrededor, ellas lo comunicarán a su vez a las que las sigan, y así la influencia llegará lejos en el porvenir. Por el contrario, si deja establecerse a la tibieza y la relajación, se hará muy difícil destruir sus efectos, y sería muy de temer que el mal empeorase y se propagase con el tiempo. Es casi imposible que un religioso sea bueno o malo por sí solo, sin ninguna influencia sobre los demás, pero mucho más es así en una Superiora. Sus ejemplos son seguidos siempre por la mayoría ; si está llena de celo y de fervor también lo estarán sus inferiores ; si es tibia y negligente, la comunidad sufrirá la influencia. Por tales consecuencias juzgue cuánto mayor debe ser el castigo de una Superiora o cuánto más hermosa su recompensa.

La Superiora es la cabeza, y por medio de ella quiere Dios derramar sus bendiciones sobre todos los miembros. Si la cabeza está bien dispuesta para recibir las serán ricas y abundantes ; si no, se harán menos frecuentes y los tesoros divinos parecerán como cerrados. Esta conducta de la Providencia tiene algo de incomprendible, sin embargo es real y la experiencia lo prueba. Igualmente, si una casa religiosa parece como abandonada, si la gracia ya no la inunda con abundancia, si parece decaer y estar amenazada de ruina por falta de sujetos, la Superiora tiene una justa razón para temer que en gran medida sea por su falta ; puede decirse que si tuviera más verdadera sabiduría de lo alto y menos prudencia de la carne, más el espíritu de su vocación, que es el de Jesucristo, y menos el espíritu del mundo, la piedad florecería entre sus sujetos. Dios sería pródigo en sus favores, y como el primer cuidado sería “buscar el Reino de Dios”, todo lo demás, según sus palabras, “se daría por añadidura” (Mt.6,33).

No repetiré aquí lo que hemos dicho al empezar, de la naturaleza de su cargo, de Aquel que representa, de la cualidad de las que gobierna, del fin por qué lo hace y de los sentimientos que todo esto debe producir en Ud. No repetiré cómo está obligada a las virtudes propias de su cargo, pero no debo omitir proponerle algunas consideraciones más prácticas.. Las primeras, que son generales, no pueden dejar, - si las recuerda con frecuencia, - de despertar su fervor y de aumentar su celo ; pero como esto queda sin objeto determinado, frecuentemente ocurre que tampoco tiene grandes efectos. Para obviar este inconveniente es bueno añadir otras consideraciones que entran más en el detalle y se refieren más directamente a la práctica. Las especificaré, pues, y daré ejemplos de ellas en relación con cada una de las virtudes ya presentadas a su reflexión.

1. Lo primero, en cuanto a la caridad, examine si realmente es Dios el verdadero y único dueño de su corazón, lo que puede conocer por sus diversos efectos de alegría o de tristeza, de deseo o de temor. Vea si sus pensamientos se vuelven como naturalmente hacia El, si en todas las cosas es Su gloria lo que se presenta a su espíritu y hace en él la impresión más real, si no hay nada que no esté dispuesta a sacrificarle: salud, honor, empleo, etc. ; si no hay cruz que no abrazaría de buena gana para conformarse a su santa voluntad. Y en relación con la caridad con el prójimo, considere si todas sus inferiores le son igualmente queridas, si no tiene alguna preferencia por las que congenian con su temperamento y su carácter, aunque sean menos fervorosas y menos regulares ; si se alegra del progreso de cada una como del suyo propio, sin tener algún disgusto y secreto despecho al verlas más adelantadas quizá, más entregadas a la oración y a la mortificación ; si es verdaderamente sensible a todo lo que se refiere a ellas, a todos sus males, sean del alma o del cuerpo, y si toma una parte real en todas sus penas ; si no las carga con fardos que Ud. misma no llevaría fácilmente : si tiene una ternura especial con las enfermas, proporcionándoles todos los remedios que dependen de Ud.
2. En lo relativo a la mansedumbre, sondee su corazón y vea si no conserva algún resentimiento que se manifiesta, incluso, en ocasiones, y la inclina a tratar a ésta con más severidad que a aquélla ; si no da justo motivo a quejas por palabras demasiado duras o una actitud un poco altanera ; si no habla algunas veces movida por la pasión ; si guarda medida en las reprensiones y correcciones, teniendo siempre presente el bien espiritual de la persona ; si en tales ocasiones se comporta de modo que demuestre que va contra su inclinación y que su severidad no procede de falta de afecto sino únicamente de celo por el bien ; en fin, si las ofensas que recibe excitan en Ud. compasión por la culpable y deseo de prestarle servicios antes que un sentimiento de descontento.
3. En lo correspondiente a la humildad, considere si la superioridad no le es ocasión de complacerse en sí misma y de pensar que es superior a las demás en talento y en virtudes, tanto como en dignidad ; si no hace sentir demasiado su preeminencia por alguna afectación en

las maneras, las miradas, el lenguaje ; si, por ejemplo, cuando está reunida la comunidad no tiene la costumbre de llegar la última como para hacerse esperar ; si en lo personal no reclama más atenciones de las necesarias, y si recibe y pide los servicios como cosa que le es debida más bien que como oficios de caridad que sus hermanas en Jesucristo le prestan por amor a El ; si, cuando algún motivo de necesidad, de edificación o de caridad la invita a ello, está pronta a cumplir los oficios humildes, como las demás ; si, en fin, se mira a sí misma como la servidora de todas según la máxima y el ejemplo del divino Maestro.

4. En cuanto al celo, pregúntese si no hay en Ud. algo propio para desedificar, para disminuir en sus inferiores el espíritu religioso, el espíritu de pobreza, de mortificación, de silencio, de recogimiento ; si no hay abuso ni irregularidad a la que deje Ud. de ganarle terreno o echar raíces ; si no puede hacer nada más para aumentar entre sus hijas el fervor y el deseo de la perfección ; si las conoce a todas y trata de ganar su confianza ; si no ha descuidado velar sobre alguna de ellas ; o bien, si no ha ejercido su vigilancia de manera demasiado ansiosa, fatigosa para las demás y agitándose Ud. misma ; si no hay algún alma tentada a la que debería ayudar, alguna afligida a la que podría consolar ; si las recuerda continuamente a todas en la oración y comunicación con Dios, y tiene cuidado de recomendarle todas las necesidades de ellas.
5. En lo relativo a la prudencia, dése cuenta de si es demasiado pronta y precipitada en sus respuestas y en sus acciones, y principalmente cuando ordena algo, lo que debe hacerse con madurez y atención a todas las circunstancias que se refieren a la cosa, al tiempo, al lugar y a la persona. Vea también si antes de mandar recurre a Dios para conocer su voluntad y actuar bajo su dependencia ; si antes de tomar una determinación de alguna importancia pide la opinión a personas de experiencia y piadosas ; si recibe de buen grado los consejos, incluso de sus inferiores ; si está dispuesta a admitir las quejas formuladas contra Ud. y a tenerlas en cuenta si son fundadas ; si en las que se dan contra otras tiene Ud. cuidado de no dar crédito demasiado fácilmente, y de sus pender su juicio hasta haber examinado la mayor o menor exactitud de esas indicaciones ; si no exige demasiado a las que todavía son débiles e imperfectas, sometiéndolas a pruebas que no están bastante dispuestas para soportar.

Estas pocas consideraciones pueden bastar. Será preciso volver a tomarlas, no todas a la vez, sino unas veces sobre una virtud, otras sobre otra, y según la utilidad personal. No veo que sea posible entregarse a ello durante cierto tiempo sin sacar ventajas considerables y hacer notables progresos en las virtudes de que se trate.. Pero esto supone que su ejercicio debe estar unido a las consideraciones, pues éstas tienden directamente a la práctica y son como inseparables de ella.

II - Práctica o ejercicio de las virtudes. Queda poco que decir sobre este tema. Es evidente que como la perfección no es asunto de especulación sino de práctica, no podemos contentarnos con puras consideraciones ; es preciso llegar a los efectos de ellas y poner manos a la obra seriamente. Las virtudes, lo mismo que cualquier arte o ciencia, no se adquieren sin la repetición de actos. En cuanto la manera de proceder en la práctica, es fácil deducirla de las consideraciones precedentes. Debemos corregir los defectos que aquéllas nos han hecho descubrir en nosotros mismos, encaminarnos generosamente al bien que nos proponen, y no desistir de nuestro empeño mientras no hayamos alcanzado el fin. Cuando se presente alguna ocasión de practicar alguna de estas virtudes debemos ser muy fieles, y si las ocasiones exteriores son raras, ejercitémonos interiormente. Esto siempre es posible y sirve mucho para mantener el deseo de esas virtudes y para mantenernos constantemente dispuestos a hacer actos externos de ellas, según las circunstancias.

Así, para la práctica de la caridad, si alguna cosa divide su corazón, llena su mente durante el día y aún la sigue en el tiempo de oración, haga a Dios un entero sacrificio de ella ; renuncie efectivamente si es posible ; si no, por lo menos hágalo interiormente de la manera más perfecta, y persevere hasta que la cosa se haya borrado de su pensamiento y de sus afectos, o por lo menos se le haya hecho indiferente de tal manera que no la distraiga de Dios. Si tiene un temor o un deseo fuera de Dios, ofrézcase para sufrir lo que teme, para ser privada de lo que desea, y continúe este ejercicio hasta que su voluntad esté de tal modo conforme con la de Dios que no tenga Ud. otro temor que desagradarle, otro deseo que amarlo por encima de todas las cosas. Si siente frialdad hacia alguien, que no le baste con no consentir en ese sentimiento, sino busque todas las ocasiones de dar a esa persona señales sinceras de caridad. No deje nunca de ejercer con sus inferiores todos los buenos oficios que ellas puedan esperar de Ud., con afecto maternal.

Para adquirir la mansedumbre, reprima inmediatamente los movimientos contrarios que puedan elevarse en Ud., y no trate nunca de justificarlos ni en su espíritu ni ante los demás, echando la falta sobre otro. Pues si alguien ha provocado su irritación, Ud. no queda por eso excusada de haber cedido a la provocación. Si alguna persona tiene algo contra Ud. y hay verdadero motivo para ello, no tenga vergüenza de reconocer su falta. Incluso no habría equivocación por su parte si Ud. que es la Superiora diera ejemplo la primera y, según el consejo de Jesucristo, dejando la ofrenda ante el altar fuera y tratara de calmar el espíritu turbado de su hermana. Este acto de mansedumbre ganará su corazón para Dios y pondrá una piedra preciosa en la corona de Ud.

Si quiere que en Ud. reine la humildad, tenga cuidado de recortar todo lo que en su exterior, en sus maneras, en su lenguaje, tenga más o menos traza de orgullo. Acuérdesse de que todas las señales de honor que se le tributen se dirigen a Jesucristo y deben confundirla más que causarle alguna complacencia. Que sea bien visible que sinceramente se considera Ud. la última de todas, y tanto como pueda sea siempre la primera en realizar los oficios en que se ejercita más la humildad. De esta manera es como los santos, cuando eran Superiores, cuidaron de guardar su rango y ahí estaba su verdadero secreto para inspirar el respeto y la veneración de todos.

Para tener un verdadero celo comience por cumplir hasta la última iota todas sus Reglas particulares ; sea la primera en todos los deberes comunes ; trabaje para reformar en Ud. todo lo que pueda tener necesidad de ello. Y después no ahorre las exhortaciones y los avisos llenos de caridad, sea en público, sea en particular ; confirmados por sus ejemplos tendrán un gran peso. Ponga remedio a los abusos en cuanto los advierta ; tenga cuidado de mantener las costumbres religiosas y de promover los medios más propios para aumentar el fervor.

Para formarse en la prudencia aplíquese a conocer bien y hacerse familiares las reglas del discernimiento de espíritus trazadas por San Ignacio, lo mismo que su método para hacer una buena elección, y procure usarlos en las ocasiones. Observe el precepto de Santiago : “Sed prontos para escuchar, pero tardos para hablar y para airaros” (Sant.1,19). Examine todas las cosas y pida el consejo de personas prudentes. Reconozca aquello a que más naturalmente se incline, y observe bien sus faltas para evitarlas. No entro en mayores detalles, y paso al tercer medio, que es la oración.

III - Oración. “Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. Vano os será madrugar.” (Sal.126). Se le han las consideraciones y el ejercicio de las virtudes, y nunca será excesivo el recurso a estos medios ; pues Dios ayuda a los que ponen de su parte lo que pueden. Pero debe Ud. usar de ellos de tal manera que no ponga ahí su confianza, sino que lo espere todo de la divina misericordia. Lo que el rey profeta dice de una casa, de la guarda de una ciudad, es aún más verdadero cuando

se aplica a un edificio espiritual, a la guarda de las almas. Para una obra tal nuestros propios recursos no son nada. Todo debemos esperarlo de Dios, fuerza y luz ; y sin El en vano querríamos levantarnos y actuar. Es preciso, pues, que pida con ardor el socorro de lo alto, Ud. cuyo deber es edificar una morada digna de Dios en todas las que dependen de Ud., y velar sobre su comunidad como sobre una ciudadela expuesta siempre a los asaltos del enemigo. Su oración será la muralla y si es humilde, fervorosa, perseverante, todo le será concedido.

Tendrá la primera cualidad si Ud. tiene conocimiento de sí misma y una baja opinión de su habilidad, porque entonces clamará a Dios desde el fondo de su corazón ; entonces confesará su miseria a sus pies, reconociendo que si El no pone en Ud. una mirada favorable y no le tiende una mano compasiva, Ud. quizá sucumbirá bajo el peso de sus deberes y podrá perderse con tantas almas queridas por Dios. Entonces dirá con David : “Señor, Tú me sacaste de entre los rebaños de ovejas para ser el pastor de Jacob tu siervo y de Israel tu heredad” (Sal.77,70-71). Yo estaba en un estado muy imperfecto y entregado aún a mis propias inclinaciones y a pensamientos terrestres cuando me confiaste el cuidado de tus siervas, de estas almas que amas como una preciosa heredad. ¿Qué sería de ellas y de mí si no tuvieras a bien suplir mi insuficiencia que te es bien conocida, y ser Tú mismo su pastor y su guía ?

La segunda cualidad de su oración debe ser el fervor, y su necesidad resulta de la grandeza de las cosas que tiene Ud. que solicitar. Debe proceder como naturalmente de un ardiente deseo de esas cosas, y de la dulce confianza en que Dios no puede dejar de tener por agradable y de escuchar una petición de tal naturaleza. Ud. le suplicará que la inflame de amor a El y al prójimo, que la haga semejante a Jesús “manso y humilde de corazón”, que le comunique su celo y al mismo tiempo una prudencia en relación con el cargo que El le confía ; todo eso es grande y bastaría para elevarla a una alta santidad ; es preciso, pues, pedirlo con un gran fervor. Dios quiere que Ud. lo desee, puesto que la ha elegido para un cargo que hace necesarios esos bienes, así que su petición no puede desagradarle. Cuanto más grande es el don, más digno de El es concederlo, y no debe Ud. dudar de que lo obtengan súplicas fervorosas. Puede orar de esta manera : Dios omnipotente y misericordioso, la gracia que solicito es muy grande, pero por eso es más digna de ti ; me es muy necesaria y Tú mismo, Señor, has querido que yo la desee y la pida ardientemente ; ninguna otra puede agradarte más ni serme más útil : el interés de tu gloria, el bien de almas que te son queridas, te comprometen a concedérmelo. ¿Cómo, pues, no la pediría con fervor ? Dame, Señor, por tu misericordia infinita lo que soy indigna de obtener, pero que es digno de ti realizar. Te suplico con todo el fervor de que soy capaz, y si mi devoción es aún demasiado débil, dignate aumentarla por tu gracia y hacerla tal que yo pueda recibir los efectos de mi oración.

Es preciso unir al fervor la constancia y la perseverancia. Sus necesidades son continuas, su oración debe serlo también. Si cuando no tenemos que responder de nadie más que de nosotros mismos nuestra oración debe ser sin interrupción, porque no hay ni un momento en que no tengamos necesidad de la ayuda divina, y nuestro enemigo nunca duerme, con qué incesante ardor debe pedir la ayuda de Dios el que está obligado a velar sobre otras almas al mismo tiempo que a guardar la suya. Es como un pastor que debe guiar a través de una región desconocida y en la oscuridad peligrosa de la noche a ovejas de las cuales el amo le pedirá cuenta rigurosa. Cada una de sus inferiores debe serle tan querida como un hijo único a la tierna madre que lo lleva en sus brazos ; si ella no tiene para darle, ¿cree Ud. que podrá descansar antes de encontrarlo ? Así una Superiora debe, por decirlo así, llevar en sus brazos a toda su comunidad y no dejar de implorar del Padre celestial que dé a cada una el alimento necesario, puesto que ella misma es demasiado pobre para procurárselo.

Pida con frecuencia para Ud. y para ellas esas virtudes que jamás poseerá bastante, y repita frecuentemente estas aspiraciones que deben elevarse de lo más íntimo de su alma : Dios

de amor, Dios que eres amor, derrama en mi corazón el amor a ti y a las almas por las que tu Hijo murió en un exceso de amor. Jesús, tan manso y humilde de corazón, dame una mansedumbre y una humildad semejantes a las tuyas. Verdadero amante de las almas, comunícame aquella sed inextinguible que tuviste por su salvación. Sabiduría del Padre, ilumina mi espíritu y dirige mis pasos a fin de que alcance con los que me has confiado la perfección a la que nos llamas en tu bondad infinita.

IV - Recogimiento. Este último medio hará fáciles los demás ; los comprende todos y sin él apenas se pueden practicar los otros, por lo menos de un modo duradero. Así que aunque hablemos de él en último lugar, debe ser el objeto principal de nuestra atención. Si es Ud. recogida, se presentarán a su mente casi como por sí mismas las más útiles consideraciones y harán en ella una impresión más profunda ; no se le escaparán las ocasiones de ponerlas en práctica, en fin, estará continuamente inclinada a abrir su alma ante Dios en una humilde y fervorosa plegaria. Entonces tendrá una gran familiaridad con Jesucristo, Dios será el centro de sus pensamientos, de sus deseos, de sus afectos, y toda su alma estará íntimamente unida a El. En todas las cosas recurrirá Ud. a Jesús, lo consultará, y Jesús la instruirá, la iluminará y la inclinará a lo mejor. Fiel a sus inspiraciones y gracias actuará Ud. en una entera dependencia de El ; sus virtudes serán las de Ud., su Espíritu la guiará y la animará ; o más bien, Jesús mismo gobernará y dirigirá todo a través de Ud., y derramará beneficios sin número sobre una comunidad que será tan enteramente suya.

Estas ventajas le demuestran la excelencia del recogimiento y son suficientemente poderosas para inspirarle el deseo de entregarse a él.

Una verdadera noción de lo que el recogimiento es en sí mismo la llevará a ello todavía más y le hará comprender cómo debe tender a él.

Estar habitualmente recogido, vivir de la vida interior, de la vida de fe, observar constantemente la guarda del corazón, es poco más o menos lo mismo : es esa gracia de que hablaba San Pablo a los efesios con tanto afecto, y que pedía para ellos tan insistentemente con estas palabras : “Yo, Pablo, prisionero de Jesucristo por vosotros... doblo las rodillas ante el Padre de N.S. Jesucristo, de quien toma su nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según las riquezas de su gracia, que seáis poderosamente fortalecidos en el hombre interior” (Ef. 3,1. 14-16).

Las expresiones tan enérgicas y tan bellas del apóstol, los dones inefables de que habla en el mismo lugar como si fueran efectos de esta gracia, ofrecerían amplia materia para dar de ella una alta idea. Pero no es mi intención extenderme en este tema ; es más bien precisar en qué consiste el recogimiento al que la invito.

Ser recogido o interior es estar desprendido de los objetos exteriores y sensibles ; es vivir retirado en el interior de sí mismo para ocuparse de Dios y de la perfección de la propia alma ; es juzgar las cosas no según sus apariencias sino según su valor intrínseco, no según los sentidos sino según la fe ; es remontarse de las causas segundas a la causa suprema, es considerar no sólo la voluntad y la acción del hombre, sino la voluntad y la acción de Dios, de las que el hombre es mero ejecutor y frecuentemente en oposición con sus designios ; ; es también vigilar constantemente los movimientos del corazón para conservarlo libre de todo vano sentimiento de alegría o tristeza, de temor o deseo ; es, en fin, estar atento en todo momento a las inspiraciones de la gracia para seguirlas fielmente,

Esta virtud, este ejercicio de recogimiento se funda en lo que San Pablo nos recuerda con tanta frecuencia, que somos templos de Dios habitados por el Espíritu Santo, y en esta otra verdad, cuya evidencia están de acuerdo en demostrarnos la razón y la fe : que todas las cosas dependen de Dios, que El las gobierna, y que no ocurre nada sin su voluntad y su licencia ; que

El hace que todo sirva para su gloria y que todas las criaturas que llevan alguna marca de sus perfecciones deben elevar nuestro espíritu hacia El. Esta virtud se funda también en la grandeza infinita de Dios y la bajeza de la criatura, en la excelencia de los misterios de la religión por encima de todas las cosas terrestres, en la certeza de las luces de la fe comparada con las ilusiones de los sentidos, en los continuos peligros a los que estamos expuestos cuando los objetos exteriores nos ocupan demasiado, en las pérdidas infinitas que tenemos cuando descuidamos la guarda del corazón, en el respeto y la fidelidad debidos a todas las inspiraciones divinas.

Somos templo de Dios. Dios habita en nosotros no sólo como en las demás criaturas por esencia, presencia y potencia, sino de una manera especial, que es propia de los seres racionales y de los que están en amistad con El. Permanece en nosotros por su gracia como en sagrarios suyos, está en nuestros corazones como en un lugar delicioso para El ; de modo que si fuera posible que estuviera ausente de ellos permanecería no obstante siempre en el alma que lo ama. Permanece en nuestro corazón como en un santuario en el que espera nuestra adoración y nuestros homenajes, en el que derrama continuamente sus favores, y en el que El mismo se manifiesta. Allí se cumple la promesa hecha por Nuestro Señor a sus amigos : “El que me ama será amado por mi Padre y yo lo amaré y me manifestaré a él. Vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn.14,21-23). Qué fuertemente nos inculca todo esto que es preciso morar en nuestro interior, puesto que Dios mismo habita en él ; que no hay lugar donde podamos adorarlo mejor, y que debemos estar siempre ocupados en adornar este templo. “Conviene a tu casa la santidad, Señor, por el transcurso de los días” (Sal.92,5).

Mil cosas arrastran al hombre fuera de sí mismo : tiene diversos deberes que cumplir, tiene que conversar con sus semejantes, proveer a las necesidades de la naturaleza, etc. En medio de estas múltiples ocupaciones le es difícil, incluso casi imposible, estar recogido dentro de sí. Sin embargo un hombre interior no deja de estar atento a Dios entre todas esas cosas ; más aún, sabe ayudarse de ellas para elevar su espíritu hacia Dios, reflexionando en el principio de que hemos hablado, que Dios es quien lo hace todo en las criaturas. Lo ve en ellas como a través de un velo que sólo lo esconde a los sentidos ; refiere a El todo el bien que recibe, y acepta como procedente de El todo lo que sufre por ellas ; el mismo mal que procede de la voluntad libre del hombre lo mira como ordenado por la divina Providencia para su bien. Por eso cuando Semeí perseguía a David, el santo rey prohibió a todos que lo detuvieran, diciendo a los suyos : “Dejadlo y que me maldiga, porque el Señor le ha ordenado maldecir a David. ¿Y quién se atreverá a decir : por qué lo ha hecho así ?” (II Re,16,10). Por este medio la vida del hombre interior es una continua sucesión de actos de agradecimiento, de amor, de sumisión y de conformidad con la voluntad de Dios.

Incluso aunque Dios no estuviera presente en nosotros como lo está y no nos colmase de beneficios por medio de sus criaturas, su grandeza infinita reclamaría que siendo capaces de pensar en El, de ocuparnos de El, descuidásemos hacerlo. Este motivo hace una gran impresión en el alma interior ; sabiendo que ha sido creada por Dios, que es capaz de conocerlo y amarlo, y que éste es el sello de su parecido con El ; conociendo también la nada y la bajeza de las criaturas, desdeña poner en ellas toda su atención y tanto como puede la fija en Dios a quien desea agradar. Dios y las criaturas son testigos de sus actos, pero ella no piensa sino en la mirada divina o si trata de contentar a las criaturas es puramente pensando en Dios.

Nuestros santos misterios sacan su excelencia de la grandeza de Dios. Ellos son sus más maravillosas obras, y un espíritu verdaderamente recogido queda tan admirado que le gustaría no volver a pensar en otra cosa y lamenta el tiempo que es necesario dedicar a los cuidados temporales. Pero en cuanto el alma disipada, he aquí el reproche que Dios le hace por medio de su profeta : “¿Hasta cuándo has de andar titubeando, hija descarriada ?” (Jer.31,22). Almas ciegas y equivocadas, por qué perderos así en las criaturas, por qué pedirles consuelos y alegrías

indignos de vuestro sublime fin y que os alejan de Dios ? ¿No ha realizado El cosas muy dignas de vuestra admiración ? Un Dios hecho hombre, una virgen madre de Dios, y los demás misterios que han acompañado o seguido al de la Encarnación. Esos son los objetos que deben atraer vuestra atención, apaciguar y recoger vuestra mente en Dios, convertirse para vosotras en una fuente inagotable de delicias.

Las continuas ilusiones de los sentidos, los peligros a que estamos expuestos cuando nos dejamos guiar por ellos, las pérdidas de gracia que son su consecuencia, he ahí otros tantos motivos apremiantes que nos demuestran la necesidad del recogimiento. Todo lo que vemos, oímos, tocamos, olemos y gustamos puede engañarnos por las apariencias, haciéndonos tomar por buenas cosas malas para nosotros, y rechazar como malas las que son mejores. Esas impresiones de los sentidos llenan nuestra mente de imágenes, nuestro corazón de deseos y de afectos que lo desvían del soberano bien ; conducen a precipicios y siembran lazos a cada paso ; en la oscuridad que nos envuelve cuando las seguimos no percibimos ni nuestros extravíos ni los males en que caemos. Sólo el recogimiento, haciéndonos andar a la luz de la fe, nos preserva de esas ilusiones y peligros.

Hemos dicho también que el respeto, la pronta docilidad que debemos a la gracia y a sus inspiraciones, piden una vida interior y recogida. Es fácil comprenderlo. Dios no habita en vano en nuestros corazones, y El, que actúa continuamente en el mundo visible y material, no puede quedar inactivo en el mundo espiritual e invisible que está dentro de nosotros, sino que derrama en él las riquezas de su misericordia, y constantemente dirige, ilumina y perfecciona al alma en la que se complace en habitar. ¿No es evidente también que sería para nosotros una ventaja inapreciable ser sensibles a sus operaciones, y que el verdadero secreto de nuestra santificación está en una entera fidelidad en corresponder a ellas ? Pero esas operaciones de Dios son muy delicadas, piden que el alma esté en una gran calma para recibir las y no impedir sus efectos. La voz del Señor es “como un soplo de una brisa ligera” (III Re., 11,12). Su luz no siempre es deslumbrante y pasa en seguida, lo que nos demuestra cuán indispensables son para nosotros la tranquilidad, el silencio, la atención a una vida muy interior, y cómo de ello depende todo nuestro progreso en la perfección.

Me he extendido ampliamente en los motivos del recogimiento a causa de la importancia de la materia para toda clase de personas, pero muy especialmente para las Superiores que, sin esta virtud, no pueden cumplir bien su cargo. Es el medio para tener siempre a Dios con nosotros. “Acercaos a Dios - dice Santiago - y El se acercará a vosotros” (Sant.4,8). Y esto debe hacerse no de una manera transitoria y sólo durante algunos días, semanas o meses, sino durante toda la vida. Solamente entonces seremos verdaderamente interiores y recogidos, denominación que supone un estado, un hábito, y no simplemente los actos pasajeros de un período de mayor fervor. Debemos practicar el recogimiento interior en el tiempo de desolación como en el de consolación, en las horas de oscuridad como en las de luz, porque este ejercicio no depende de lo sensible sino que se basa en la fe, y en todo tiempo podemos y debemos entregarnos a él.

Todavía queda por decir una cosa sobre este punto que no puedo omitir : es la necesidad en que estamos de unir la mortificación con el recogimiento para hacerlo sólido y duradero. Las pasiones inmortificadas turban y manchan el alma, hacen de ella una morada indigna de su Dios. En ella Dios no puede hacer sensible su presencia, o la hace por reproches, y si el alma no se resuelve a mortificarse concebirá una especie de horror al recogimiento que, por su falta, se ha vuelto para ella tan amargo y tan penoso. Además, las inclinaciones inmortificadas son causa de innumerables distracciones incompatibles con la vida interior. La mente está ocupada en pensamientos inútiles o perjudiciales, el corazón por vanos deseos y afectos desordenados, de modo que ni una ni otra se inclinan libremente hacia Dios. La mortificación interior hace desaparecer esos obstáculos. Destruye todo lo que desagrade a Dios en el alma ; sobre todo

conserva en orden las pasiones, secando así la principal fuente de distracciones para poner al alma en el estado de paz que pide la atención a Dios.

Sin embargo, todavía queda algo que podría ser un impedimento. Incluso cuando las pasiones y deseos desordenados quedan sometidos, durante todo el tiempo que una persona halague sus sentidos con cosas lícitas y se permita todo aquello en que no ve pecado, consintiendo a sus ojos ver, a sus oídos oír, a su paladar saborear lo que les agrade sin ser opuesto a la ley de Dios, esta persona nunca podrá estar recogida. El alma humana es demasiado limitada para ser capaz de varias cosas, sobre todo cuando son tan opuestas como la atención a Dios y a las criaturas, las satisfacciones de los sentidos y los gozos espirituales. Es imposible también que tantas imágenes de objetos creados no formen ante el entendimiento como una nube espesa que oscurezca la idea y el sentimiento de Dios. Además, tal libertad de los sentidos es tan poco conforme con los consejos de Jesucristo que se debe en primer lugar hacerle el sacrificio de ella, antes de poder pretender alguna comunicación íntima con El. Todos esos impedimentos no se pueden superar sin la mortificación exterior que pone en regla los sentidos y los mantiene en el orden.

De todo lo que acabamos de decir hay que concluir que su mortificación, tanto interior como exterior, no debe ser menor que su deseo de recogimiento. Que este deseo sea tal que la haga capaz de usar todos los medios propios para formar una perfecta Superiora.

Resumo en pocas palabras todo lo que hemos dicho a este respecto. Conciba una justa idea de su cargo; acuérdesse frecuentemente de que representa a Jesucristo, que las almas confiadas a los cuidados de Ud. son sus esposas, y que ha recibido Ud. el cargo para conducir las a la alta perfección que Dios pide de ellas. Piense que este oficio es grande y propio para inspirarle temor, pero que su confianza en Dios debe ser aún mayor, porque llamándola a tal empleo le ha dado una prenda especial de su amor, y este amor le garantiza su asistencia. Levante los ojos a la recompensa que le está destinada si el divino Esposo la encuentra adornada de las virtudes que El quiere ver en una Superiora. Las más esenciales son - lo hemos visto - un ardiente amor a Dios, una tierna y compasiva caridad que abrace a todas sus inferiores sin distinción, una mansedumbre a prueba de todas las contradicciones, una humildad tanto más profunda cuanto mayor es su elevación y más de temer su caída, un celo infatigable y dispuesto a sacrificarlo todo por el bien de las almas, una prudencia que sepa prevenir el mal o remediarlo, y que, estando inspirada por Dios, se acomode a las circunstancias y las personas, haciéndose como San Pablo "todo para todos, para salvarlos a todos" (I Cor.9,22).

Sobre todo, no descuide poner en práctica los medios para llegar a estas virtudes. Que la conduzcan a ello frecuentes consideraciones y de vez en cuando pídase cuenta a sí misma con el fin de ver qué lejos está todavía de la perfección. Ponga en práctica estas reflexiones, ejercítense lo mejor que pueda con la ayuda de la gracia. Pida esta gracia por una oración humilde, fervorosa, continua. En fin, sea verdaderamente interior y recogida, y para llegar a serlo, llame en su ayuda a la mortificación interior y exterior.

Suplico humildemente a la divina Majestad que le dé la gracia de cumplir todas estas cosas, como me ha concedido su ayuda para exponérselas. Ponga toda la confianza en su infinita bondad, y que su debilidad, su fragilidad, no le sea causa de desánimo o de temor. Continúe como ha comenzado. Cada día crecerá su fuerza al mismo tiempo que la gracia. Y si persevera puedo asegurarle que en el cielo tendrá reservada una grande y gloriosa recompensa.

Se lo digo en nombre de la Stma. Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a los cuales sea todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

* * *